

## EFERVESCENCIA POLITICA EN EL CONGO

La República Popular del Congo sigue sin encontrar la estabilidad política necesaria para su progreso y desarrollo económico. En septiembre de 1968—cuando se producía la evicción de Massemba-Debat y el Ejército asumía el poder—era posible esperar que esta nueva situación representase el fin de los interminables pronunciamientos, conjuras y golpes de Estado que habían venido sacudiendo al país durante ocho largos años. El comandante Marien Nguabi, que asumía el puesto de jefe del Estado a finales de diciembre de 1968, parecía polarizar las simpatías del Ejército y del pueblo debido a su inteligencia y su austeridad. Pero los hechos han demostrado que su etapa de mando no ha estado exenta de las inquietudes que han caracterizado las de sus predecesores.

En efecto, menos de un año después de asumir el mando, en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1969, se registraba una misteriosa tentativa de golpe de Estado, la primera de esta etapa, dirigida por Bernard Kolela, ex secretario del partido bajo el régimen de Yulu, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y por Batsimba, funcionario del Ministerio de Agricultura. Las autoridades no divulgaron jamás la naturaleza exacta de esta conjura, que se atribuía por igual a los partidarios de los dos presidentes depuestos, Yulu y Massemba-Debat. Unos días después un tribunal revolucionario juzgaba y condenaba a muerte a cuatro personas implicadas en el complot. Siguiendo la tónica africana de atribuir las dificultades propias a los manejos del extranjero, «La Voz de la Revolución» acusaba a «un país vecino» de haber ayudado a los complicados. Estas acusaciones se dirigían contra Kinshasa, cuyos gobernantes expresaron públicamente dudas de que hubiera tenido lugar, en realidad, el referido complot, atribuyéndolo a una decisión de Nguabi de desembarazarse de algunos significados oponentes.

Un comunicado publicado al término de una sesión extraordinaria del Comité Central del Partido decía: «La reacción trabaja activamente para dividir las filas de la revolución, sembrando rumores falsos para crear confusión en la opinión de las masas deformando la realidad. El objetivo está claro: se trata de fomentar las condiciones necesarias para intentar destruir la revolución, puesto que no se puede hablar en el Congo revolucionario más que de un golpe de Estado reaccionario.»

A primeros de enero de 1970 el comandante Nguabi declaraba que «el pueblo congoleño ha emprendido el camino de su total emancipación y su política exterior puede resumirse en los siguientes términos: libertad, independencia, amistad y paz. Esta libertad deja al país la oportunidad de elegir el camino que le parezca más conveniente a su situación específica y a la forma de ser del pueblo congolés. Ha permitido a nuestro país elegir sin cortapisas sus nuevos amigos». Al día siguiente era proclamada la nueva Constitución, que había sido adoptada el 30 de diciembre de 1969, en la que se dispone que el presidente del Partido congolés del Trabajo, elegido por un mandato de cinco años por el congreso del partido, es también jefe del Estado. Al tomar posesión de sus funciones, Marien Nguabi juraba «fidelidad al pueblo congolés, a la revolución y al Partido congolés del Trabajo». «Me comprometo —agregaba—, guiándome por los principios marxista-leninistas, a defender los estatutos del Partido y la Constitución y a dedicar todas mis fuerzas al triunfo de los ideales proletarios del pueblo congolés en trabajo, democracia y paz.»

Nguabi repartía las carteras gubernamentales entre sus principales colaboradores: el comandante Alfred Raúl era nombrado vicepresidente y, entre otros, era nombrado ministro encargado de la Agricultura, Aguas y Bosques el teniente Ange Diawara, que tan importante papel desempeñaría en los acontecimientos de los años sucesivos.

En definitiva, todo parecía indicar que las instituciones habían sido profundamente modificadas para acomodar el país al tránsito a un socialismo más efectivo. Desde el punto de vista teórico, todo estaba preparado para que el Congo se transformase en una democracia popular. Pero la realidad, como se demostraría pronto, era muy diferente porque sus protagonistas son hombres africanos, dotados de una idiosincrasia tan peculiar que las ideologías apenas pueden recubrir, como un barniz superficial, sus atávicos instintos, entre los que predomina la tendencia hacia el mando absoluto. El jefe africano será siempre, y ante todo, jefe que no admitirá compartir sus

prerrogativas. Intentará conseguir el mando absoluto, la autocracia, bien sea en nombre del marxismo o del antimarxismo. Y en el Congo, como en los restantes países del continente, los más próximos colaboradores del jefe pasan a ser pronto sus enemigos, en el momento en que intentan suplantarlo o cuando adquieren una personalidad tan vigorosa que pueden hacer peligrar el prestigio del jefe. De ello nacen esas interminables luchas por el poder que aniquilan a los hombres más prestigiosos y preparados.

Completando el proceso institucional a finales de enero, la República del Congo-Brazzaville cambiaba su denominación por la de República Popular del Congo e izaba su nueva bandera<sup>1</sup>. Los trabajos del Congreso Nacional de la Revolución eran elogiados por Nguabi hasta el extremo de calificarlos en su discurso de clausura del «acto más audaz de la historia de la revolución congoleña». «El Congo —agregaba— entra en la historia de la gran revolución proletaria mundial.»

El 23 de marzo de 1970 fracasaba una seria tentativa de golpe de Estado. A las siete de la mañana «La Voz de la Revolución» radiaba un comunicado diciendo que el comandante Nguabi había sido detenido por los insurrectos y dirigía un llamamiento a los países vecinos —Congo-Kinshasa, Gabón y República Centroafricana— solicitando ayuda armada. Pocas horas después se desmentían esas afirmaciones y se difundía un comunicado afirmando que «no se ha producido golpe de Estado en Brazzaville. Se trata del ex teniente Kinganga, condenado a muerte por contumacia y refugiado en Kinshasa, que desembarcó hoy, a las tres de la madrugada, con un puñado de hombres y ocupó la radio congoleña «La Voz de la Revolución», desde la que difundió diversos llamamientos». La emergencia fue breve, porque a las once de la mañana la emisora reanudaba sus emisiones gubernamentales difundiendo una nota en la que se invitaba a toda la población a dirigirse al ayuntamiento de la capital, donde tuvo lugar una concentración de masas arengadas por el comandante Nguabi, vestido con uniforme de paracaidista, en un vibrante discurso en el que afirmaba que «los imperialistas han fracasado y fracasarán siempre».

Dos días después se informaba oficialmente que el balance de esta fracasada tentativa consistía en 63 muertos, entre ellos Kinganga, que había sido abatido en los mismos locales de la radio nacional. Se afirmaba que algunos

---

<sup>1</sup> Se trata de una bandera roja que ostenta en el ángulo superior izquierdo dos palmas verdes, coronadas por una estrella amarilla, que encierran la hoz y el martillo cruzados.

cómplices de los rebeldes habían conseguido huir y era preciso encontrarlos. El 29 de marzo eran ejecutados en Brazzaville tres militares condenados a muerte por un tribunal marcial por su participación en el golpe de Estado<sup>2</sup>. El tribunal pronunciaba otras cinco condenas a muerte por contumacia, entre ellas, la del capitán Agustín Poignet, ex ministro de Defensa, y la del comandante Michel Kyindu. Ambos habían conseguido huir y se recomendaba a la población su búsqueda y entrega a las autoridades.

La tentativa del golpe de Estado decidía al Congreso extraordinario del Partido a decretar la disolución de la Gendarmería Nacional y su sustitución por las milicias populares. Al propio tiempo se procedía a un reajuste del buró político del partido en el que se daba entrada a Ambroise Numazalay—antiguo jefe del Gobierno del presidente Massemba-Debat desde 1966 a 1968—, teórico marxista de tendencia prochina que gozaba de notorio prestigio entre los jóvenes intelectuales de izquierda de Brazzaville. El Congreso del Partido decidía también la creación de una «comisión criminal excepcional» encargada de juzgar a «los reaccionarios, contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo que sean desenmascarados por sus actos a favor del fracasado golpe de Estado del 23 de marzo».

Días después se anunciaba que el comandante Kyindu había sido localizado y muerto a tiros en una casa de Brazzaville, donde se había refugiado.

El régimen trataba de reforzar su vinculación con los países socialistas. El comandante Raúl, vicepresidente del Gobierno, efectuaba una visita oficial a la República Popular de China, donde ya había permanecido en octubre de 1969. En esta segunda estancia en Pekín, Raúl trataba especialmente de reforzar las relaciones industriales y comerciales y conseguir mayor ayuda financiera.

Nguabi suspendía en sus funciones en agosto de 1970 al comandante Joachim Yhombi Opango, jefe del Estado Mayor del Ejército popular y miembro del Comité Central del Partido. Opango quedaba sólo con el cargo de comandante militar de la capital. El jefe del Estado no facilitaba ninguna explicación de esta decisión, aunque insinuaba sus motivos en una alocución pronunciada para conmemorar el segundo aniversario del movimiento del 31 de julio, en la que decía que el Ejército era «un vivero de corrupción». Nguabi insistía en que los dirigentes políticos «deben llevar una vida privada en consonancia con la opción socialista del país y no vivir como burgueses».

---

<sup>2</sup> Eran el capitán Albert Miauama, el ayudante-jefe de Gendarmería André Nkutu y el intendente Jean-Marie Mengo.

Concluía su discurso citando los ejemplos de la Unión Soviética, la China Popular y Cuba, que «prueban que la revolución no se hace en un día».

El 16 de agosto, durante un mitin celebrado en Pointe Noire, Nguabi comunicaba que había sido desmantelado un nuevo complot contra el régimen. Inmediatamente comenzaba el proceso de los conjurados ante el tribunal revolucionario de justicia. «La Voz de la Revolución», sin citar los nombres de los procesados, indicaba que «trataban de perjudicar a la revolución congoleña». El 24 de septiembre se anunciaba que el ex ministro de Obras Públicas, Stéphane Bongo-Nuarra, había sido condenado a diez años de trabajos forzados por haber organizado un movimiento susceptible de perjudicar la seguridad interior del Estado y haber preparado un complot para cambiar el Gobierno y las instituciones, así como por propagar noticias falsas. Al día siguiente «La Voz de la Revolución» anunciaba que había sido descubierto un nuevo complot contra el régimen.

A pesar de estas muestras de oposición, Nguabi proseguía su plan de fortalecer el contenido ideológico del régimen. A mediados de febrero de 1971 firmaba un decreto nacionalizando todas las concesiones forestales pertenecientes a empresas francesas. El decreto presidencial recordaba que «el Estado es el único propietario del suelo y del subsuelo del país». Tres días después ordenaba que, a ejemplo de los chinos, todos los trabajadores de la República debían llevar, a partir del 1 de mayo, uniforme completo que sería fabricado con los tejidos producidos en la fábrica textil de Kinsundi, construida con la ayuda china. Y el 11 de abril se trasladaban a la China popular 55 militares (suboficiales y soldados) para seguir un cursillo de entrenamiento en los comandos y la artillería.

El 18 de marzo «La Voz de la Revolución» daba cuenta de la detención de varias personas por los servicios de seguridad. Según la versión de la radio, se trataba de «una banda de contrarrevolucionarios, que se dicen de izquierdas, que han redactado pasquines incitando a la guerra civil». Los impresos recogidos acusaban al Gobierno de Brazzaville de liquidar a las personas originarias del sur del país y de interesarse exclusivamente en el desarrollo del norte, especialmente de la región de Fort Rousset, donde nació el presidente Nguabi. Una de las principales personalidades detenidas con este motivo era Henri Martin, ex secretario encargado de la prensa y propaganda en el Consejo Nacional de la Revolución en 1968. También en el Congo, como en otros Estados del continente, aparecían estos recelos regionales que tantas dificultades suponen para la obra de gobierno. Por encima de las

ideologías se mantienen vivas estas querellas y envidias de tipo tribal y regional. Por otra parte, los gobernantes siempre han manifestado una clara tendencia a apoyar de forma muy destacada a las comarcas de donde proceden o a las tribus a que pertenecen, por lo cual la lucha por el poder en Africa, aparte del aspecto personal de la cuestión, supone el deseo de una colectividad de empujar al poder a uno de sus miembros para obtener ciertas ventajas sobre los restantes componentes de la comunidad nacional.

El 15 de noviembre comenzaba una huelga estudiantil que pronto se convirtió en general. Los establecimientos de enseñanza secundaria y superior eran clausurados por orden gubernamental. Para remediar la falta de profesorado, casi cuatrocientos alumnos de enseñanza secundaria eran habilitados como profesores.

A pesar de todas estas dificultades que había encontrado en los años de mando, Nguabi consideraba que se había afianzado suficientemente en el poder como para poder prescindir de otros elementos a los que había tenido que recurrir en los primeros momentos y que en el futuro podían convertirse en sus rivales. En consecuencia, el 23 de noviembre de 1971 Nguabi anunciaba la depuración del Partido del Trabajo. En un discurso pronunciado en un mitin popular en Brazzaville, acusaba a ciertos responsables del partido único de disimular sus tendencias reaccionarias bajo actitudes revolucionarias. Esta reorganización se efectuaba el 16 de diciembre y su efecto más importante consistía en que el comandante Raúl, vicepresidente del Consejo de Estado desde la llegada al poder de Nguabi, era destituido de su cargo, siendo reemplazado por Eloise Mudileno. Raúl siempre había sido el rival potencial de Nguabi, que lo había tolerado en el equipo gubernamental debido a que contaba con muchos apoyos en las filas castrenses. Pero Nguabi se consideraba lo suficientemente consolidado como para poder prescindir de su compañero de armas, que, como siempre ocurre en estos casos, pronto sería acusado de complot y encarcelado.

Mediante esta reorganización se suprimía también el Ministerio de Desarrollo, cuya cartera ostentaba el teniente Ange Diawara, que continuaba siendo miembro del buró político debido a la estrecha compenetración que había demostrado con Raúl. Se suprimía el Ministerio de Información y el de Educación se desdoblaba en dos. Se reorganizaba el buró político, en el que se creaban seis comisiones, y era destituido su secretario, Ndalla—que, según la Constitución, era la segunda persona del Estado—, a quien reemplazaba Numazalay.

A pesar de las optimistas previsiones de Nguabi acerca de la solidez de su posición, una reforma tan amplia y la evicción de tan numerosas personalidades debía de traer profundas repercusiones. Tan sólo dos meses después se producía el estallido. El 22 de febrero de 1972 la emisora de «La Voz de la Revolución» anunciaba que «la reacción ha intentado la noche última alzarse con el poder en la República Popular del Congo, ayudada por elementos tribales de derecha y del Ejército». En esta información se acusaba concretamente al comandante Joachim Yhombi Opango de acaudillar la rebelión.

La tentativa se producía aprovechando la circunstancia de que el presidente Nguabi se encontraba en Pointe Noire, ciudad costera con guarnición militar propia. La radio nacional, en manos rebeldes, lanzaba un breve comunicado diciendo que «nosotros, los combatientes del Ejército, hemos decidido controlar la situación en la ciudad de Brazzaville». Inmediatamente comenzaban las detenciones de los miembros del buró político del partido único.

Pero la revuelta fracasaba. A las veinticuatro horas de haberse producido la tentativa de golpe de Estado, el comandante Nguabi controlaba prácticamente la situación. Este éxito tan rápido en dominar la rebelión se debió fundamentalmente a que la población civil se mantuvo en su mayoría indiferente a los acontecimientos.

En una declaración escrita distribuida en Brazzaville, el comandante Yhombi Opango, al que se había atribuido la dirección de la conjura, negaba terminantemente su participación en el golpe de Estado y aseguraba que habían sido «algunos elementos» del primer batallón de infantería, mandados por el teniente Ange Diawara, quienes se habían apoderado de la emisora «La Voz de la Revolución» para difundir sus consignas. Yhombi Opango anunciaba «en nombre del presidente Marien Nguabi» que el teniente Diawara había emprendido la huida al comprobar el fracaso de su tentativa. También comunicaba que algunos «oficiales felones y sus lacayos» habían sido «arrestados o neutralizados». Habiendo logrado trasladarse rápidamente desde Pointe Noire a Brazzaville, Nguabi pronunciaba una alocución diciendo que «elementos ambiciosos y sedientos de poder» habían intentado alzarse contra el régimen, siendo derrotados. Indicaba que muchos de los sublevados habían sido detenidos, aunque «otros, desgraciadamente, han conseguido huir». Entre las numerosas detenciones practicadas por las fuerzas leales a

Nguabi se encontraban el ex presidente de la Unión de la Juventud Socialista, Bernard Kombo-Matsiona, y el teniente Matessa, ex comisario del Gobierno.

Dos días después del regreso de Nguabi a Brazzaville, el 25 de febrero, era detenido por orden expresa del jefe del Estado el comandante Alfred Raúl. También eran arrestadas numerosas personalidades<sup>3</sup>.

Las autoridades de Brazzaville se disponían a aplicar un severo escarmiento a los golpistas fracasados. Uno de los dirigentes, el teniente Prosper Matumpa-Mpolo, que había conseguido huir de la capital, era localizado por las fuerzas armadas y acribillado. Según la versión gubernamental, el citado teniente—que había sido ministro de Información y alto comisario del Gobierno en la región de Kuilu—se había comprometido a asesinar al presidente Nguabi durante la visita de éste a Pointe Noire. Nguabi convocaba una sesión extraordinaria de los responsables del partido único y declaraba que «en ningún caso la opción política del país experimentará cambios. Solamente hemos encarcelado a los ultrarrevolucionarios, que no eran, en realidad, más que verdaderos oportunistas». Terminaba asegurando que «no habrá piedad. Los culpables serán castigados severamente».

En la explicación de Nguabi se puede advertir un cambio de matiz al definir la intentona. En los primeros momentos, según hemos consignado, se había presentado a los autores del golpe como elementos «reaccionarios» y «derechistas». Ahora, según la versión de Nguabi, se trataba de «ultrarrevolucionarios». Es un índice bien expresivo de la confusión política en que se debate desde hace años la República del Congo. Y es la consecuencia también de que lo que se debate en el fondo es tan sólo el poder personal.

Un comunicado oficial—que fue difundido en el extranjero—aseguraba que «los insurgentes han comenzado por detener a cierto número de dirigentes políticos, que han guardado como rehenes antes de apoderarse de «La Voz de la Revolución» para anunciar la toma del poder por el jefe del Estado Mayor general del ejército popular nacional, comandante Joachim Yhombi Opango, lo que constituía una pérfida maniobra, destinada a atraer a su causa a la totalidad del ejército. Debemos señalar que fue el propio comandante Yhombi quien organizó el contragolpe y pudo neutralizar a los rebeldes».

---

<sup>3</sup> Entre ellos, Alphonse Fungui, miembro del Comité Central del Partido del Trabajo y presidente de la Unión de la Juventud Socialista, así como los subtenientes Mangandza y Ossombi y dos prominentes miembros del partido único, Ngoyi-Mboko y Gilbert Nzobo.



La multiplicación de los arrestos de personas sospechosas de haber participado en el complot provocaba una adversa campaña de prensa en Francia <sup>4</sup>, seguida de la correspondiente refutación de las autoridades de Brazzaville <sup>5</sup>.

El catorce de marzo, después de una visita oficial de treinta y seis horas, marchaba de París el comandante Nguabi. Antes de abandonar la capital francesa, el jefe del Estado congolés reunía a la prensa para explicar el alcance de los acontecimientos que se desarrollaban en su país. Se mostraba profundamente afectado por los ataques que le dirigían «los diarios que se llaman progresistas» y desmintió categóricamente los rumores de que se estuvieran efectuando ejecuciones masivas, afirmando que hasta entonces «sólo tres hombres» habían sido pasados por las armas: «dos miembros del Comité central y un quidam que se encontraba allí. En cuanto a los demás detenidos, agregaba que no serían ejecutados, «pues es preciso que vivan un poco su fracaso». Insistía en que el Congo es el único país de África que aplica «un socialismo científico»; conforme a «los principios del marxismo-leninismo», y que no existe «desviación derechista, ya que nuestra opción es irreversible». Terminaba atacando a sus detractores, diciendo que «no es suficiente haber vegetado en Cuba, Pekín o Moscú para ser marxista».

El 25 de marzo un decreto presidencial conmutaba trece penas capitales, dictadas por el tribunal marcial, en reclusión criminal a perpetuidad. Entre

---

<sup>4</sup> Entre otros, destacaba el siguiente texto, que era firmado por Jean-Paul Sartre, Claude Mauriac, Michel Foucault, Maurice Clavel y Gilles Deleuze:

«En el Congo-Brazzaville, la izquierda revolucionaria, y con ella numerosos demócratas o simples ciudadanos, víctimas de arreglos de cuentas personales, son detenidos, encarcelados, torturados y asesinados. Después de haber llevado a cabo un golpe de fuerza reaccionario contra los dirigentes y militantes progresistas de la juventud, del ejército y del partido, el jefe de Estado, Nguabi, continúa adjudicándose el epíteto socialista. Organiza hoy procesos a puerta cerrada por un tribunal marcial especialmente constituido de militares y «abogados» nombrados de oficio. Las ejecuciones capitales son «pedidas» por diversas organizaciones sindicales por orden del poder. Las condenas no serán susceptibles de ningún recurso. En el momento en que se desentierran prisioneros asesinados para llevarlos en «homenaje» al palacio presidencial, en el momento en que todo el pueblo de Brazzaville se arriesga a caer bajo el golpe de esta feroz caza de brujas firmando manifiestos de protesta, en el momento en que el presidente Nguabi prepara su viaje a París, nosotros no podemos admitir que estas matanzas se perpetren en el silencio y la complicidad del mundo occidental.»

<sup>5</sup> La Embajada de la República Popular del Congo desmentía, el 7 de marzo de 1972, que hubieran sido detenidas 1.600 personas a consecuencia del fracasado golpe de Estado. La Embajada precisaba que se veía obligada a dar esta información ante los «artículos calumniosos e inexactos de ciertos semanarios y diarios», y concretaba que «sólo un centenar de personas en total han sido detenidas cuarenta y ocho horas después del fracasado golpe de Estado» y que «varias de ellas han sido puestas en libertad por la Comisión de instrucción».

ellas figuraba la de Numazalay, la segunda persona del Estado<sup>6</sup>. Este tribunal además había sentenciado a 30 personas a cadena perpetua; a 17, a veinte años de cárcel; a 24, a diez años; a 30, a cinco años, y a 50, a dos años<sup>7</sup>. Con tan amplia redada, Nguabi se había desembarazado de todos sus rivales potenciales.

El 8 de enero de 1973 el comandante Nguabi reorganizaba su Gobierno, dando entrada a siete nuevos ministros y eliminando a cuatro de su anterior Gabinete. Creaba nuevamente el Ministerio de Información, cuya cartera confiaba a Sylvain Bemba.

A primeros del siguiente mes de febrero se advertían claros síntomas de malestar en el país, especialmente en Brazzaville. Aunque se carecía de datos concretos, se podía presagiar que algo grave estaba sucediendo. Se confirmaban esos temores cuando el día 12 el comandante Nguabi se dirigía a las fuerzas armadas, recomendando la «disciplina más estricta», al propio tiempo que se refería a «las maniobras de ciertos combatientes y ciertos actos de mala fe».

La incógnita se despejaba totalmente el 15 de febrero cuando Nguabi, hablando ante los estudiantes de Brazzaville, revelaba que había sido descubierto un nuevo complot contra el régimen congoleño, complot que había sido fomentado por los partidarios del ex teniente Ange Diawara, que había logrado convencer a ciertos jóvenes «pioneros, extendiendo la contaminación» a tres grandes liceos de la capital. En consecuencia, advertía que «tomaba personalmente» la dirección de las operaciones de represión de la acción clandestina que proseguía Diawara y sus huestes desde el fracaso de su tentativa de golpe de Estado en febrero del año anterior. También anunciaba Nguabi que en el complot recién descubierto se hallaban implicados «algunos elementos de la asistencia técnica».

Al día siguiente eran detenidos en Brazzaville cuatro profesores franceses, dos de ellos mujeres, acusados de haber intentado derrocar el régimen. «La Voz de la Revolución», al dar cuenta de estos arrestos, añadía un comentario, diciendo que ayudaban a la lucha clandestina de Diawara: «un año des-

<sup>6</sup> Los condenados a muerte cuyas sentencias eran conmutadas por Nguabi eran los siguientes: Ambroise Numazalay, ex presidente del Gobierno; Benjamin Ndalla, Camille Bongu, Lecas Atondi, Maxime Ndebeka, Kimbuala Nkaya, Benoit Mundele Ngolo, Laurent Mangandza, Gabriel Nzambila, Jean-Pierre Assua, Gilbert Ngobo, Bernard Combomatsiona y Auguste Atipo.

<sup>7</sup> Entre los condenados a cadena perpetua figuraba Claude Ernest Ndalla, ex primer secretario del Partido del Trabajo. Entre los condenados a diez años de cárcel se encontraba el comandante Alfred Raul, ex jefe del Gobierno.

pués, la pandilla de asesinos, ayudados por sus amigos de la izquierda anárquica francesa, que también trabaja por la desorganización del pueblo francés, intenta reincidir. No obstante, han fracasado lamentablemente».

Pero la situación no había quedado completamente despejada, ya que el gran número de detenciones practicadas revelaba que el complot había adquirido muy amplias proporciones. Se confirmaba esta situación el 20 de febrero cuando el presidente Nguabi disolvía la policía, según un comunicado, que añadía que «los mejores elementos de ese Cuerpo serán recuperados próximamente por el ejército. En lo sucesivo, todos los asuntos concernientes a la policía serán asumidos por el Estado Mayor general del ejército». También se publicaba la noticia de que el recientemente nombrado ministro de Información, Bemba, estaba implicado en el fracasado complot.

Bemba era detenido inmediatamente, y el día 21 Nguabi aclaraba los motivos que le habían inducido a disolver la policía, diciendo que «esa policía no ha señalado la presencia de Ange Diawara, jefe presunto del último complot, actualmente huido, que atravesaba el río para pernoctar en Kinshasa, mientras que su adjunto, el ex teniente Ikoko, ha recibido en diversas ocasiones la visita de su familia en el propio Brazzaville». Todo indicaba que en el seno de la policía existían numerosos simpatizantes del rebelde Diawara.

Las funciones propias de la policía eran transferidas a «una seguridad hecha por el pueblo y para el pueblo», frase que encubría la formación de unas milicias afectas especialmente a ese cometido. Las detenciones proseguían en todo el territorio nacional y culminaban con la del ex jefe del Gobierno Pascal Lissuba. El número y calidad de los detenidos en las dos últimas conjuras indica que una gran parte de la población, por lo menos, está profundamente descontenta de sus actuales gobernantes.

Nguabi llegaba a la conclusión de que mientras permaneciera con vida su enemigo Diawara su poder personal no estaría totalmente consolidado. Por eso decidió asumir directamente el mando de las operaciones militares, destinadas a liquidar los focos guerrilleros que subsistían desde hacía un año, y desde principios de marzo se puso activamente en campaña. Los resultados no se hacían esperar, puesto que sólo en la primera semana de combates eran muertos diez partidarios de Diawara. El 11 de marzo era capturado el ex sargento Jean-Pierre Okula, considerado como uno de los adjuntos del jefe rebelde, y al día siguiente era pasado por las armas. Nguabi estaba decidido a suprimir físicamente a todos los rebeldes sin ninguna contempla-

ción. Otros tres guerrilleros que eran capturados en los bosques de la región de Brazzaville eran también fusilados.

En la retaguardia proseguían las detenciones. Otros dos profesores franceses (Quereix y Leichmaniz) eran arrestados, así como docenas de estudiantes. De igual forma a como proceden otros Estados del continente —como Guinea, por ejemplo—, Brazzaville no duda en alterar descaradamente la verdad de los hechos cuando conviene a sus intereses. Así, un observador, Thierry Mignon, abogado, enviado a Brazzaville por la Federación Internacional de los Derechos del Hombre, a su regreso se lamentaba de que «no existen garantías para la defensa. Así, la señorita Fioux, cooperadora en el Liceo Savorgnan de Brazza, ha sido presentada a la multitud reunida en un mitin político como capturada durante una operación militar contra los guerrilleros, cuando todo el mundo sabe en Brazzaville que fue detenida en su domicilio». Es la misma táctica que adoptó Seku Ture en Guinea, cuando presentó una revuelta de sus oprimidos súbditos como un «desembarco portugués». O la de Idi Amin, en Uganda, al asegurar que las incursiones de los partidarios de su rival Obote eran, primero, una expedición militar «británica» para derrocarlo, y después, un asalto de las «tropas tanzanias». Resulta increíble la capacidad de tergiversación de los dirigentes africanos, y lo más grave es que sus infundios son creídos con entera buena fe en ciertos medios solventes, como las Naciones Unidas, por ejemplo.

Mientras tanto, en esos regímenes arbitrarios florece la corrupción. A tal extremo llegó la situación en Brazzaville, que el 22 de marzo Nguabi ordenaba a los paracaidistas ocupar la sede de los servicios de gestión del ejército, nombrando al intendente militar Makuzu para que los controlara. Justificaba su decisión diciendo que «tenemos que actuar contra aquellos que hayan robado dinero o material. Seré muy severo, puesto que esta comedia ha durado mucho tiempo». Sus quejas contra «el desorden y la deshonestidad de las gentes» estaban harto justificadas, pero también es cierto que las había tolerado durante años.

El 16 de abril comenzaba en Brazzaville el juicio contra 40 personas acusadas de complot. Entre ellos, Lissuba y Bemba, 24 estudiantes, soldados, campesinos y cuatro profesores franceses. Días antes de iniciarse el juicio, el diario *Etumba*, órgano del partido congolés del trabajo, atacaba violentamente a los profesores franceses procesados: «Los cuatro ejemplares de ese izquierdismo moderno en Francia responderán de sus actos de subversión activa... Los debates serán públicos, pero la revolución golpeará duramente

y sin compasión a los organizadores de disturbios.» Los profesores Boissay y Bordelais y sus compañeros Fioux y Deville se habían declarado «solidarios de los congolese detenidos al mismo tiempo que ellos», y exigían que «los congolese puedan designar para defenderlos a los abogados franceses de su elección». Un comunicado de los comités de apoyo a los detenidos, constituido en Francia, afirmaba que las principales acusadas, las profesoras Fioux y Deville, estaban dispuestas a defenderse, como «mujeres militantes», sobre una base política, y que reconocían haber acompañado a Diawara a Kinshasa, ayudándole a tomar contactos internacionales. En vista de tales hechos, Nguabi decidía nombrar a dos miembros importantes del partido único como integrantes del «tribunal revolucionario», con el fin de «elevar el nivel ideológico de los debates, ya que —añadía— entre los acusados existen extranjeros que se presentan como marxistas y que van con toda seguridad a colocar el proceso en un plano ideológico». No obstante, el veredicto del tribunal resultó relativamente moderado.

La pesadilla de Nguabi terminaba el 23 de abril, cuando las tropas, desplegadas en torno a la zona donde se escondían Diawara y sus hombres, lograban descubrir a los rebeldes y acribillaban a doce hombres, entre ellos Diawara. Nguabi ordenaba que los cuerpos desnudos de sus enemigos fueran expuestos en el estadio de la revolución, por donde desfiló una inmensa multitud para contemplarlos, invitada por las incesantes proclamas difundidas por la radio para que asistieran al macabro espectáculo.

Con este acontecimiento se cierra un nuevo episodio de la lucha por el poder en el Congo. No es necesario ser profeta para diagnosticar que seguirán nuevos intentos rebeldes, nuevas conjuras y más derramamiento de sangre, esa sangre que parece ser el combustible necesario para que los Estados africanos prosigan su trayectoria.

VICENTE SERRANO PADILLA

